

... Mais surtout évitez
 Les traits que tant de fois l'éplogue a répétés!
 Il me faut du nouveau, n'en fût-il plus au monde!¹

No es pues una máxima general á propósito de nuestro humor versátil; es el grito de alarma de un crítico, cansado y hastiado de las repeticiones y de la trivialidad literaria de su época. Aprovecha esta circunstancia para rendir homenaje al genio de Marot, á Voiture y á Malherbe.

Compuso muchas epístolas en verso, sin contar las cartas en que andan mezclados verso y prosa.

La Fontaine tenía muchas relaciones. Un académico á quien preguntaban qué sueldo tenían en la Academia, respondió: « Mil doscientos francos al año y casi comidos, porque nos convidan con mucha frecuencia. » La Fontaine, que fué académico, no comía nunca de otra manera.

Sus cartas ó epístolas nos ponen al corriente de las múltiples relaciones que tenía en todas las clases de la sociedad: la princesa de Baviera, Mad. de La Fayette, Mad. de Thianges, Mad. de Coucy, la abadesa de Mouzón, Mad. Fouquet, Mad. de Fontanges, Mad. de la Sablière, la Srta. d'Alençon, Mad. de Sévigné, Mad. d'Hervart, la Srta. Colletet, la Champmeslé y su marido, Saint-Evremond, Racine, Colbert, el duque de Bouillón, Turena, el príncipe de Conti, el duque de Vendôme, Pellisón, Jonnart y Maucroix.

Á La Fontaine no le gustaba la Ópera, pues prefería la música de cámara. Sin embargo el insidioso J. B. Lulli, descontento de su libretista Quinèud, conquistó á La Fontaine y obtuvo de él que le hiciese libretos para su música; después le dejó Lulli, y La Fontaine se incomodó, pero Mad. de Thianges, hermana de Mad. de Montespán, los hizo nuevamente amigos, y La Fontaine que se había vengado de Lulli con *El Florentino*, le dió *Amadís y Rolando*, lo que prueba que no le guardaba rencor.

Además le atraía el teatro y dió, una tras otra, *Dafnis y Galatea* (1682). En 1694, dió á la escena la *Astrea* cuyo asunto tomó de la novela de Urfé. Pronto hablaremos de ella. Á propósito de esta pieza se refiere que en la primera representación no dejaba de exclamar: « ¡Esto es detestable! » Unas señoras que estaban en el mismo palco que el autor, molestadas por estas exclamaciones, le dijeron: « Caballero, eso no es tan malo como decís; además el autor es un hombre de

1.

Mas á evitar os conjuro
 Rasgos que todas las églogas
 Repiten con necio abuso.
 ¡ Yo necesito algo nuevo
 Aunque no lo haya en el mundo.

ingenio, es el Sr. de La Fontaine. — Pues bien, señoras, respondió sin conmoverse, os aseguro que la pieza no vale un pito y que ese La Fontaine es un estúpido. Podéis creerme, pues él es quien os lo dice. »

Pasado el primer acto, fué La Fontaine al café Mariod y se quedó dormido en un rincón. Un hombre que le conocía, sorprendido al verle, exclama: « ¡Cómo, el Sr. de La Fontaine está aquí mientras se da la primera representación de su ópera! » Estas palabras dichas en voz bastante alta despiertan al autor, que responde bostezando: « Vengo de ella. He visto el primer acto y me ha fastidiado de tal manera que no he querido oír más. En verdad admiro la paciencia de los parisienses. »

Somos del mismo parecer. Después de *Astrea* le tocó el turno á *Ragotín*, comedia interesante, cuyo enredo tomó de la *Novela cómica* de Scarrón; siguió luego *Aquiles*, tragedia que cortó en el segundo acto, atendiendo á los sabios consejos de su mentor Sr. de Maucroix.

En la comedia, auxiliado por su crédulo amigo Champmeslé, fué más afortunado. Hizo contra Lulli *El Florentino*, que podría intitularse la *Precaución inútil* y que aún se representa alguna vez con éxito. Es una pequeña obra maestra y como un primer bosquejo del barbero de Sevilla, con trozos que hacen pensar en Alfredo de Musset.

El Florentino, que había hecho construir una jaula de hierro para prender en ella al amante de su pupila á quien ama, se ve cogido en su propia trampa y, para salvar su vida, tiene que consentir en el matrimonio de los dos enamorados.

Esta pieza fué representada en 1685; La Fontaine tenía 64 años y Champmeslé no tenía ya nada que temer de él. Hizo también con él, en 1688, la *Copa encantada*. Es un amable *fabliau* puesto en escena. Esta comedia ha quedado en el repertorio del Teatro Francés. Es una copa « que se derrama », cuando la acerca á sus labios un marido engañado. El tipo de Lelia, un Querubín más cándido que el otro, — seguramente Beaumarchais había leído *El Florentino* y la *Copa*, — está imaginado con mucho ingenio á la manera de esos príncipes encantadores é ignorantes de los cuentos de hadas.

Je vous prends sans vert, data de 1693, dos años antes de la muerte del poeta. Es un sainete con coplas y música de Grandval padre. Su título está tomado de un proverbio nacido de una antigua costumbre del campo. En el mes de mayo todo aquél á quien encontraban sin llevar siquiera una rama ó una hoja verde, recibía una rociada de agua al grito de: « Je vous prends sans vert » (Os cojo sin verde).

Había que recorrer estos importantes anejos de *Las Fábulas* para poder formar exacta idea de lo que fué verdaderamente La Fontaine: un poeta de corto vuelo, galante y amanerado, que tuvo al fin la suerte de en-

contrar su verdadera senda hacia los cincuenta años, cuando pensó en hacer las fábulas, y que quedó maravillado de encontrar el éxito donde no lo buscaba, siendo así que estaba seguro de hallarlo en todos los géneros en que probó sus fuerzas; y seguramente no quedó uno en que no las probase.

Volviendo á la consideración que precedía y hacía necesaria esta especie de revista de los trabajos menos importantes de nuestro fabulista, ha podido observar el lector que no le preparaban en modo alguno á ejercer la misión de predicador. Sus fábulas mismas no siempre son lecciones. Esto consiste en que La Fontaine es moralista, más bien que moralizador. Es un observador y no un predicador. Es el Molière de los animales, lo cual en cierta manera equivale á serlo también de la gente. La amistad de nuestro gran cómico y del fabulista demostraba la afinidad de sus caracteres y aficiones. Habían nacido para comprenderse, y Molière había dicho: « Por mucho que pateen nuestros brillantes ingenios, no lograrán eclipsar al bueno de La Fontaine. » Él fué uno de los primeros en consagrar el éxito de las fábulas recién publicadas, haciéndolas repetir por la niña Luisita: « Os diré, si queréis, para distraeros, querido papá, la fábula del *Cuervo y del Zorro* que me han enseñado hace poco ¹. »

En cambio La Fontaine declaraba, hablando de Molière, « que era su hombre ».

Ambos observaban á su manera y examinaban las cosas con su mirada profunda más como confesores que como médicos.

En las fábulas, con la mayor frecuencia, la lección se sobreentiende y no se halla expresada. Hasta á veces, la moral resulta inmoral, ó *amoral*, si puede designarse con esta palabra la falta de intención de moralizar. Con este orden de ideas se relaciona un pequeño problema literario que conviene poner en claro.

¿Por qué omitió Boileau la fábula entre la nomenclatura de los trece géneros literarios enumerados por él en el *Arte poética*? ¿Es por desdén, olvido ó de intento? Debemos plantear la cuestión, porque toca á un punto bastante importante relativo á La Fontaine y á sus fábulas. Se han dado varias razones no muy aceptables de la omisión de Boileau.

1º Se ha dicho: ¿Cómo es posible que Boileau nombrase estas fábulas en su *Arte poética* que se publicó en 1672 y que estaba tal vez escrita en 1670? La Fontaine no había publicado hasta entonces más que los seis libros primeros, que no permitían adivinar las bellezas

1. En España cupo este honor á Iriarte, cuya fábula:

Por entre unas matas,
Seguido de perros,

Etc.

es todavía el encanto de los papás y el martirio de los amigos y visitas de la casa donde hay niños. (N. del T.)

superiores de los otros seis. — R. Si se recuerda cuáles son las fábulas que componen estos seis primeros libros y si se reconoce que figuran entre las más acertadas y las más populares, se convendrá fácilmente en que hubieran bastado á cimentar la gloria del fabulista y en que Boileau, con la seguridad de su instinto crítico, no pudo seguramente desconocer el mérito de tan encantadora novedad. Y no lo desconocía, pues he aquí por otra parte lo que decía y pensaba de ella:

— El Sr. Despréaux decía que La Fontaine tenía mucho ingenio pero que no tenía más que una clase de ingenio; es más, aseguraba que su manera tan cándida de decir las cosas, que es lo que más le caracteriza, no era suya, sino que la había aprendido de Marot, de Rabelais y de otros maestros del viejo estilo; que á veces había mérito en servirse de ella como lo había hecho tan acertadamente el Sr. Racine en algunos epigramas que de él nos quedan; pero que á su parecer, era tener un espíritu muy limitado el considerar esto como el carácter principal de un escritor. Por lo demás, decía que La Fontaine había sobrepujado á veces á sus originales; que había en sus fábulas cosas inimitables y que sus cuentos, si se prescindía del pudor que siempre resulta en ellos maltratado, tenían gracias y delicadezas que él sólo era capaz de sembrar en semejante obra.

Convenir en que hay « cosas inimitables » en estas fábulas es darles un certificado de mérito que bien valía una mención en su obra. Había alabado con exceso á la endeble *Jocondo* para no conceder siquiera otro tanto á las fábulas.

2º Se ha expuesto otra razón. Boileau no podía considerar como género literario la fábula, que no tenía precedentes en literatura y que, en virtud de la tradición, dependía más bien de la moral y del sermón. Esto vale la pena de ser puesto en claro. En efecto, la fábula no había sido nunca concebida á la manera de La Fontaine. Conociáanse los predecesores, el *Pantcha Tantra* ¹ de Visnú Sarma, donde Pilpay recita sus apólogos, traducido en el siglo vi del sanscrito al pelvi, después en el siglo viii del pelvi al árabe, luego al hebreo y del hebreo al latín en el siglo xiii por Juan de Capua. Después de Firenzuola, G. Cottier y Larrivey habían popularizado algunas hacia 1570. Conociáse las en el siglo xvii, como se conocía también el *Specimen Sapientiae*, colección de fábulas orientales del P. Poussine. Saadi, Lockman y Wartán habían sido igualmente traducidos. El *Sueño del Mogol* de La Fontaine está tomado de Saadi.

Las fábulas griegas se hallaban al alcance de todos, y las de Homero (las Súplicas, los dos Toneles) y las de Hesíodo (El Gavilán y el Rui-

1. Ya hemos dicho (pág. 56, nota) que existía desde el siglo xiii una traducción castellana de este libro. (N. del T.)

señor); Platón, Herodoto, Eliano, Diodoro de Sicilia, Plutarco, Esopo — cuya vida ha contado alegremente La Fontaine, — suministraban algunos ejemplos muy conocidos. Las de los latinos eran más conocidas aún, y Horacio y Fedro y Aviano y Aulo Gelio ofrecían amplia cosecha.

¿Qué se hacía de tantos elementos tan accesibles? Entraban en las predicaciones, en los sermones, en los libros latinos de edificación y de moral, en la *Disciplina Clericalis*, la *Gesta Romanorum* y el *Liber Penitentiarius*. La lengua de las fábulas era el latín y sus autores eran Gilbertus Cognatus, Absternius y, en vida del mismo La Fontaine, Santiago Régnier, Tanaquil Faber, Ménage, Carlos du Perrier y Commire. Las mismas fábulas de La Fontaine fueron traducidas en latín en disticos, en versos yámbicos; el latín parecía la lengua indispensable del fabulista. Se habían hecho fábulas en francés, pero casualmente ó por juguete, y siempre se atribuía á las mismas una idea edificante. La Fontaine se inclinó ante esta regla protestando de su respeto á la costumbre.

Il faut instruire et plaire
Et conter pour conter me semble peu d'affaire¹.

Esto era mostrar excelentes intenciones; la revolución que llevó á cabo fué, como otras muchas, inconsciente. Creyó seguir el carril cuando en realidad abría una vía triunfal donde quedó solo para evolucionar á sus anchas. Porque la fábula de La Fontaine no es una enseñanza. La moral se halla subordinada al asunto. Tan pronto se encuentra al principio como al fin y con frecuencia no está patente, sino que se sobreentiende. Hay también muchas ocasiones en que se halla aparente, pero no tiene nada de moral. J. J. Rousseau, yendo más lejos aún, decía francamente que era inmoral; que la hormiga, negándose á socorrer á la cigarra, da al niño una lección de avaricia y de dureza; que « la razón del más fuerte es siempre la mejor » no es precepto que merezca difundirse; y que la aventura del zorro que se come el queso del cuervo nos enseña que la lisonja recibe su recompensa. Lamartine se manifestó también de la misma opinión. El crítico alemán Lessing emprendió por esta razón « corregir » las fábulas de La Fontaine, poniendo rodrigones á su vacilante moral. Rehizo, con este fin, la *Zorra y las Uvas*, la *Encina y la Caña*, con una disertación consoladora acerca del versículo de la Escritura *Quomodo cecidit potens*; el *León y el Asno*, el *Avaro que ha perdido su tesoro*, la *Zorra y el busto*, la *Cigarra y la Hormiga*, en que la cigarra se convierte en un viejo hamster avaro; la *Alforja*, en que no

1.

Hay que instruir deleitando,
Pues el contar por contar
No creo valga la pena.

queda olvidado el camello; Beltrán y Ratón se convierten en dos gallinas. ¿Y sabe el lector cómo se halla expurgada la conclusión del *Zorro y el Cuervo*? Merced á una simple añadidura: el queso estaba envenenado. De esta suerte queda satisfecha la moral. El zorro se mostró adulator, pero á lo menos no recibió la recompensa de su adulación, puesto que el queso envenenado le hizo reventar.

Observemos de paso que la corrección no es muy acertada y no destruye la inmoralidad, sino que la hace cambiar de lugar. ¿Quién queda en salvo y, por consiguiente, recompensado? El cuervo. Si se hubiera tragado el queso, hubiera reventado igualmente; por lo tanto debe su salvación al hecho de prestar oído á las lisonjas del zorro, y de esta suerte la moral de la fábula no se expresa ya con la palabra *adulad*, sino con la frase *escuchad á los aduladores*. Como se ve, allá se van las dos¹.

Resulta que La Fontaine no ha tenido casi nada en cuenta la moral; se ha dejado arrastrar por su naturaleza y por su genio, y no ha podido menos de mostrarse como un delicioso poeta en un género en que hasta entonces no había tenido parte la poesía. Esto explica el extraño reproche que hacía á La Fontaine el abogado Patru, cuando le censuraba por no haber puesto sus apólogos en prosa y por haberlos adornado sin provecho para la enseñanza.

Tal era, antes de La Fontaine, la concepción que se tenía de las fábulas: eran y debían ser un sermoncito ó una corta moralidad, fundada en un breve apólogo. Pertenecían al género didáctico, como los sermones y los breviaros; no eran un género literario y sin duda por esta razón, Boileau, muy pagado de la división exacta y rígida de los géneros, se debió negar á abrir una casilla más en su encasillado para insertar la fábula al lado del vaudeville y del rondel.

Semejante razón resulta injuriosa para el sentido crítico tan refinado y seguro de Boileau. Es imposible que no apareciese á su vista el carácter puramente literario de la fábula, tal como la creó La Fontaine; era demasiado sensible al mérito y su juicio era demasiado vivo para desconocer el advenimiento de aquel género y dejar á un lado, sin otra causa, el nombre de un amigo. Verdad es que se ha pretendido que estaban desavenidos por entonces por haber seguido dos caminos enteramente divergentes, según vamos á ver.

No había desavenencia. En primer lugar, se habría conocido por los testimonios contemporáneos. Ahora bien, Boileau no dejó de hablar del fabulista con mucha simpatía y estima. Además, si se nos permite invocar testimonios tan pueriles, Mad. de Thianges, amiga de La Fontaine,

1. Un fabulista moderno ha arreglado un nuevo desenlace, merced al cual el cuervo, sin decir una palabra, al ver la boca abierta del zorro, deja caer en ella... lo que el lector puede figurarse. ¿Qué asco! dice el zorro haciendo una mueca.

ofreció, en 1675, al pequeño duque del Maine para sus aguinaldos un juguete curioso. Era una habitación enteramente dorada, tan grande como una mesa. Sobre la puerta se leía en grandes caracteres: *Cámara de lo Sublime*. Dentro se veía un lecho y un balaustre con un gran sillón, en el que estaba sentado el Sr. duque del Maine, representado en cera y muy parecido. Á su lado, el Sr. de la Rochefoucauld á quien daba unos versos para examinarlos. En torno del sillón, el Sr. de Marcillac y Bossuet, entonces obispo de Condom. Al otro extremo de la alcoba leían versos entre sí Mad. de Thianges y Mad. de La Fayette. Fuera del balaustre estaba el Sr. Despréaux con una horca, impidiendo entrar á siete ó ocho malos poetas que se acercaban; cerca de él estaba Racine y un poco más lejos La Fontaine á quien Despréaux hacía señas para que se adelantase. Todas aquellas figuras eran de cera, en pequeño, y cada uno de los allí representados había procurado la suya.

El artista que las hizo se habría guardado seguramente de cometer la inconveniencia de representar en actitud amistosa á dos enemigos declarados.

Admitiendo que prevaleciesen en parte todas estas razones, hay una que ciertamente predominó en el ánimo de Boileau y que no le hace mucho honor. La Fontaine era mal visto en la corte; aquel poeta desaseado, sin modales y sin etiqueta, desagradaba al rey; su independencia y el valor con que había osado defender á Fouquet habían consumado su desgracia; Boileau andaba con desconfianza en la corte donde ya había cometido más de una torpeza; sin duda no quiso comprometerse y dejó á La Fontaine en el olvido, lo cual no constituye su mayor título á nuestros elogios.

El carácter de La Fontaine forma parte de su reputación. Como se ha retratado de cuerpo entero en su obra, es fácil reconocerle en ella. Sabemos que le gustaba la música y que tocaba el clavicordio. Sabemos también que padecía reumatismo, pues su natural sencillo y bondadoso no nos oculta nada. Fué el hombre más abandonado del mundo. La vida le echó á perder. Imagínese todo lo contrario de un hombre práctico, de un *arriviste*; era más bien una especie de Gringoire de los salones, distraído sobre toda ponderación, descuidado en su persona y en sus modales, falto de elegancia, poco conversador, nada cortesano, mal vestido, hombre rústico, torpe, y que á cada paso hacia ó decía un disparate. Á cada instante se escurre su candidez y da un mal paso en el encerado pavimento de la corte. Escribe un cuento encantador, el elogio de las más puras virtudes domésticas, *Filemón y Baucis*, y lo dedica al duque de Vendôme, el más desvergonzado y cínico de los nobles. Esto pasaba los límites de la ironía y rayaba en epigrama. Pero el buen hombre lo hacía sin malicia. Aún cometió una inadvertencia más grave: habiendo dedicado al rey, como lisonjero obsequio,

su novela de *Psiquis*, en que hace el elogio de Versalles y sus esplendores, vió su libro puesto en el índice y desechado por la corte como objeto de reprobación general. Inmediatamente fué á ver á su editor Barbín: « ¡Qué tal! ¿Y Psiquis? — No sé en qué consiste, pero no vendo ni un solo ejemplar. » La clave del misterio consistía en que nuestro aturdido, que se felicitaba de haber tenido la prudente precaución de borrar el nombre de Fouquet, se había olvidado de borrar igualmente dos frasecillas desdichadas. El rey había tenido dos hijos de la Srta. de la Vallière, y Mad. de Montespán, que acababa de sucederle en el favor, estaba ya llena de esperanzas. No podía darse peor momento para escribir este desdichado parrafillo que La Fontaine no se cuidó de borrar:

— Si vuestro esposo tiene una docena de médicos en torno suyo, yo puedo decir que el mío tiene doble número de queridas, que, gracias á Lucina, todas están dotadas del don de la fecundidad. La familia real es ya tan vasta que se podría fundar con ella una colonia considerable.

Verdaderamente era esto no tener suerte. Siempre le pasaba lo mismo. La Bruyère ha puesto en su tipo de Menalcas algunos rasgos de La Fontaine, como el de ir á preguntar por un amigo enterrado el día antes: es lo que hizo La Fontaine con respecto al Sr. Mittón.

Al fin de su vida le vemos asustado por las amenazas de un joven vicario de San Roque que le echaba en cara, como una vergüenza, su vida y sus obras, sobre todo sus cuentos algo verdes. Con la mayor buena fe del mundo, y á fin de aplacar la ira del Señor, le propone vender un nueva edición de los cuentos, que eran muy buscados, en provecho de los pobres de la parroquia.

El capítulo de sus distracciones es abundante. Discutía cierto día con el abate Santiago Boileau, el doctor, y le preguntó: « ¿Quién creéis que tuvo más ingenio, San Agustín ó Rabelais? » Habiéndole chocado la irreverencia de la comparación, el abate miró á su interlocutor de pies á cabeza y le dijo con flema: « Tenéis una media del revés. » Era cierto, y semejante detalle hizo reír y puso fin á la conversación.

En otra ocasión se hallaba anunciada su visita á Versalles, donde debía ofrecer sus *Fábulas* al rey, con todo el ceremonial de la etiqueta. La Fontaine fué introducido, dirigió al rey su cumplido y se dispuso á entregar á su Majestad el volumen; pero buscó y rebuscó en sus bolsillos, se ruborizó, balbució y acabó por declarar que se había dejado olvidado el libro en su casa. El rey sonrió y le dijo: « Otra vez será, Sr. de La Fontaine. » Excusado es decir cuánto rieron los cortesanos.

« Ser instintivo é imitador, como los niños, se aficionó á la escultura,

á fuerza de frecuentar el trato de los artistas y quiso probar sus fuerzas. Formó el proyecto de fabricarse una galería de bustos de hombres ilustres. Tomó lecciones del famoso escultor Girardón. Nuestro poeta habitaba entonces en casa de la Sra. de La Sablière y empezó por hacer el busto de Platón. ¿Qué ha sido de él? Sería curioso encontrarlo, pues no debía ser muy lindo.

Después de Platón hizo el de Sócrates y lo puso en el horno. Era el día de recepción de Mad. de la Sablière, cuyo salón estaba lleno de visitas. De pronto se abrió la puerta violentamente y entró La Fontaine gritando: « ¡ Ah, señora, qué desgracia! ¡ Sócrates se ha derretido! »

Tomaba la vida como se presentaba, sin cuidarse del mañana, lo cual es peligroso y está expuesto á muchas quiebras. No hay que tomar su ejemplo como precedente.

Rara vez llevó nadie más lejos que él el abandono y el descuido. Dejaba el cuidado de alimentarle á quien tuviese á bien encargarse de ello. Después de Mad. Henriette, le albergó largo tiempo Mad. de la Sablière y, cuando ésta renunció al mundo, no le despidió sino que decía á sus amigos: « He conservado únicamente todos mis animales, mi perro, mi gato y mi La Fontaine. »

Este juego le salía perfectamente, pues se lo quitaban de las manos. El duque de Vendôme, la duquesa de Bouillon, Mad. de Mazarino y Saint-Evremond, es decir todos los que emigraron voluntariamente después del proceso de Fouquet, le llamaron inútilmente á Londres, pues él rechazó tan lisonjera y calurosa invitación.

Los beneficios no le admiran ni le conmueven. Como él no era malo, suponía que la bondad era la cosa más común en el mundo.

Cuando Mad. de la Sablière no pudo continuar dándole albergue, anduvo vagando por las calles. Encontróse á su amigo, el Sr. d'Hervart, que le preguntó: « ¿ Qué haréis ahora? Veníos á casa, allí tenéis un cubierto. — Allá iba precisamente », respondió con candor. Figurábase de igual modo un Dios bondadoso, dulce, amante, compasivo, y declaraba que le inspiraban la mayor lástima los condenados del infierno: « ¡ Pobres almas! ¡ En fin, espero que á la larga *acabarán por acostumbrarse!* »

Hablando otra vez con su confesor, al devolverle el *Nuevo Testamento*, decía: « ¡ La eternidad de las penas! No comprendo cómo puede compaginarse con la bondad de Dios. »

Después de haber leído á San Pablo afirmaba, hablando de este apóstol enérgico: « ¡ Este santo no es mi hombre! »

Lo más grave del caso es que esta indiferencia acabó por ahogar en él el sentimiento de la familia. Se había casado por cortesía.

Su padre, desolado al verle tan vago y tan flojo, le puso en el seminario. Allí sólo comprendió la poesía de los salmos y, en particular, la

del profeta Baruc. Sacóle del seminario y procuró hacer de él un abogado, pero fué trabajo perdido. En el fondo era incapaz y, en fin de cuentas, hicieron de él un detestable inspector de aguas y bosques, muy mal visto de sus jefes, pues no inspeccionaba nada. Su cargo le servía únicamente de pretexto para dar largos paseos por el bosque, para soñar entre los árboles cargados de hiedra y mecidos rumorosamente por la brisa, y para tenderse en la blanda hierba y en los espesos helechos. Observaba á los huéspedes de los bosques, cuervos, zorros, hormigas, inquietas ardillas y zapadores topos. Más tarde, esta profesión de sus primeros años fué causa de un incidente que redundó en ventaja suya. Cuando formó parte de la Academia francesa, Furetière se burlaba de él porque el pobre hombre, á fin de ganar algún dinero, no perdía una sola sesión. Cierta día le preguntó maliciosamente acerca del diccionario: « Señor de La Fontaine, vos que habéis sido inspector de bosques, podréis darnos fácilmente la definición de madera en rollo y de madera borne. » La Fontaine no supo qué contestar y los académicos se rieron á su costa. Pero algún tiempo después, Furetière llevó una gran paliza por orden de un gran señor á quien había ofendido y La Fontaine hizo un sangriento epigrama sobre el caso, preguntándole de qué madera eran los garrotes que le habían medido las costillas.

Era ésta una venganza ingeniosa; pero su malicia no impidió el que La Fontaine resultase inútil para la inspección de los árboles. Entonces se dijo su padre: « Puesto que no sirve para nada, casémosle. »

La Fontaine aceptó este nuevo estado, en el que se condujo tan mal como de costumbre. Dejó á su mujer en Château-Thierry, donde ella se consoló de su viudez con su salón literario de Preciosas provincianas.

Nuestro poeta casado hace á veces terribles confidencias:

J'ai vu beaucoup d'hymens; aucuns d'eux ne me tentent!

Nunca se mostró amable con las mujeres ni las comprendió. La suya debía tener bastante mal carácter para hacerle concebir despecho tan vivo que le hace desconocer toda la poesía y nobleza del amor, del matrimonio y de la maternidad. Su *Doncella casadera* no puede ser más ridícula. Una vez casada, resulta disputadora, habladora, amiga de contrariar; ¡ qué cuadro! Y no son esos sus mayores defectos.

Reléanse las fábulas, *El mal casado*, *La Joven Viuda*, *Las Mujeres y el Secreto*, y *La Mujer ahogada*, cuyo cuerpo no hay que buscar siguiendo el filo del agua, sino á contracorriente, dado el espíritu de contradicción que la animaba.

Declara nuestro poeta:

1.

He visto cien himeneos
Pero ninguno me tienta.